EL PERIPLO DE ANÍBAL

Carlos González Montalvo

EL PERIPLO DE ANÍBAL

ÁLTERA
EDICIONES

Primera edición: junio de 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.
© Carlos González Montalvo

ISBN: 978-84-948886-8-7
ISBN digital: 978-84-948886-9-4
Depósito legal: M-21313-2019

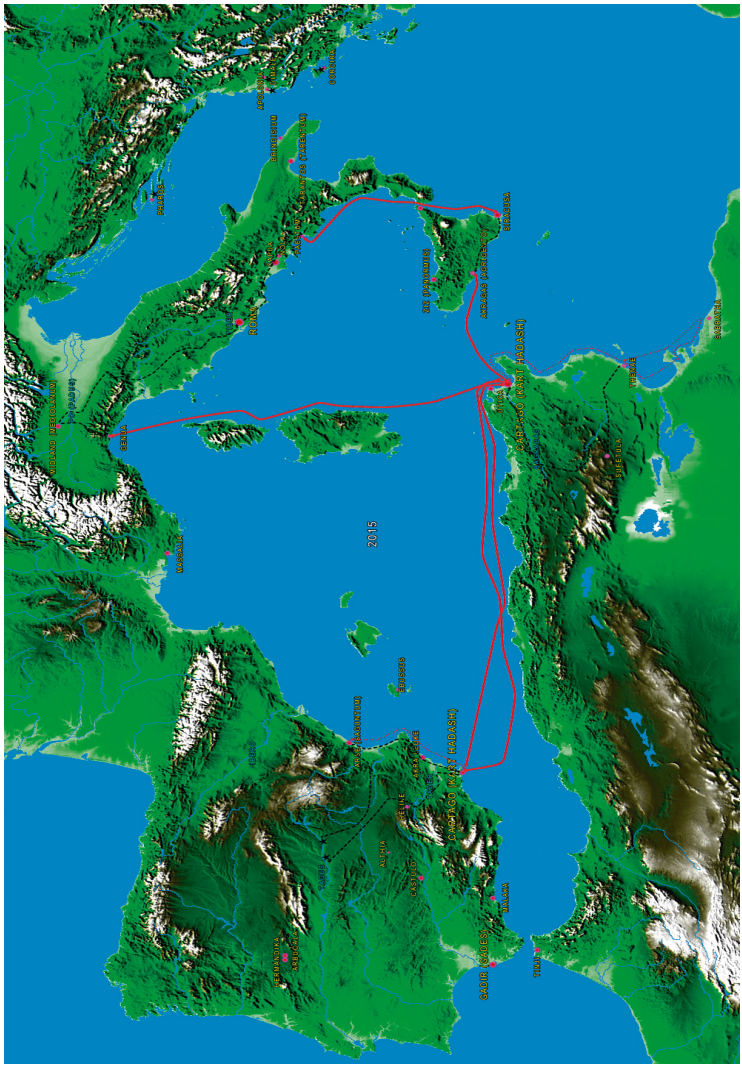
Ediciones Áltera
C/Marcenado 14
28002 Madrid
autores@edicionesaltera.com
www.edicionesaltera.com

Impreso en España

Dedico esta novela a mi familia que pacientemente ha esperado sin queja y colaborado cuanto ha podido. Especialmente a los que han trabajado directamente en la corrección y aportado sus críticas constructivas, animándome a no desistir en mi propósito de narrar una historia diferente.

PERIPLO DE ANÍBAL

Un año en la azarosa vida de Aníbal Barca


2015
CARTAGO (NAVI HADASHT)
CARTAGO (NAVI HADASHT)
GADIR (GADES)
ALICIA
ASTIGI
CARTAGO (NAVI HADASHT)
CARTAGO (NAVI HADASHT)
ARMENIA
ARMENIA
ARMENIA

PRÓLOGO DEL AUTOR

Debo explicar, a mis sufridos lectores, algunos de los «porqué», los «para qué» y los «cómo». Eso les podrá orientar en la «travesía» de las muchas páginas de mi novela.

Confieso que comencé a escribir por un simple afán de diversión y de aventura. Como en muchas ocasiones me decía un buen amigo, al parecer me gusta andar pisando los charcos. En cuanto la narración fue tomando forma fui consciente de que también buscaba dejar a mis hijos un regalo, un largo mensaje subliminal que les hablara, que pudiera explicarles los extraños comportamientos que en ocasiones hayan creído ver en su padre, y que les resultara útil, por poco que fuera, en su visión de la vida a la hora de afrontar sus trampas y obstáculos. Los hijos solemos mirar a nuestros padres desde cerca sin verlos realmente, sin llegar a comprender que son humanos y que se debaten entre circunstancias y dificultades que muchas veces les arrastran contra su voluntad; los juzgamos duramente con cierta frecuencia. Por otro lado, los hijos somos nosotros mismos que comenzamos de nuevo.

Al principio, estaba previsto que el protagonista principal fuera Publio Cornelio Escipión, ilustre personaje de la República romana que vivió entre los años 235-183 a. C. o lo que es lo mismo desde 519 al 571 de la fundación de Roma. Este personaje que solo vivió 52 años fue fundamental para su nación. En su tiempo, gracias parcialmente a su esfuerzo, Roma pasó de ser una potencia italiana local o regional a nacer como un imperio dominante en el Mediterráneo al final de sus días. Está claro que Roma ejerció, y todavía lo hace, una gran influencia en la Historia Universal y en las culturas que hoy existen en nuestro mundo. Durante esos años Roma sufrió una transformación que ni siquiera los más ambiciosos de sus contemporáneos se atrevieron a imaginar. Italia fue invadida por los cartagineses comandados por Aníbal y estuvo a punto de desaparecer como nación soberana, sufrió la mayor de sus crisis. Al superarla y derrotar a Cartago, se convirtió en la potencia dominante y dueña de territorios que multiplicaban varias veces el tamaño de la península itálica y

todo eso en apenas una generación. ¿Podemos imaginar la transformación que sufrió la sociedad romana, su economía, su política, etc.? Por parte romana este es el personaje más destacado de mi novela, pero no el único, ni mucho menos. Por parte cartaginesa también hubo varios, pero sin duda el más importante es Aníbal. Aníbal que tuvo a Roma en su mano, al final fue derrotado y Escipión que pasó por momentos horribles, aparentemente insuperables, salió vencedor. Según fue avanzando mi novela el cartaginés fue cobrando importancia hasta convertirse en el personaje principal.

Ambos tuvieron alrededor de mil vicisitudes, familias, amigos, enemigos, amantes, mujeres, hijos, fracasos, éxitos, dudas, temores, angustias, desfallecimientos y circunstancias diversas que los arrastraron como la corriente de un río caudaloso hacia acontecimientos de los que la diosa Fortuna los hizo salir con bien. Mi imaginación ha dado a luz la mayoría de esos detalles, pero siempre he procurado que estuvieran dentro de lo que pudo ser posible, incluso diría que probable, como por ejemplo la fantasía de su viaje a Roma; ¿ocurrió?... no lo sabemos. Pero sí puedo asegurar a mis lectores que los acontecimientos principales son históricos y muchos de los secundarios, que no lo son porque no hay evidencias, sí tienen un sentido creíble y probablemente ocurrieron o pudieron ocurrir de un modo parecido a lo que cuento.

En el 534 de la fundación de Roma, año 595 desde el nacimiento de Cartago, después de derrotar ampliamente a los pueblos del centro de la península ibérica, Aníbal sabía, como lo sabían tanto los romanos como los cartagineses, que una nueva guerra entre ambas naciones solo era cuestión de tiempo. Pero esa guerra aún no había sido declarada y, por tanto, oficialmente estaban en paz. No he podido dejar de creer que un personaje con los conocimientos, capacidades y medios que tenía Aníbal, y sabiendo lo que le traería un futuro cercano, no resistiría la tentación de viajar para conocer a sus enemigos.

Mis lectores deben comprender que unos cincuenta años después, en la llamada Tercera Guerra Púnica, Roma asedió y asaltó la ciudad de Cartago y la redujo a escombros sin dejar piedra sobre piedra. Se apropió de sus riquezas y territorios, se aseguró de aplastar su cultura de tal modo que durante todos estos siglos transcurridos no se han podido tener versiones escritas por historiadores cartagineses. Lo que sabemos de Cartago nos lo cuentan sus enemigos romanos o sus poco amigables vecinos griegos. La figura que estos y aquellos nos pintan de Aníbal es parcial e interesada, de ahí que en mi novela intente imaginarlo de un modo más benigno.

Estos son los personajes principales, pero hay otros muchos más, que se cruzaron en su vida y en el desarrollo de esta novela. Aníbal era mayor que Pu-

blio, le sacaba unos doce años. Ambos fueron muy precoces en su encumbramiento político y militar, pero el romano aún más. En ambos casos la tragedia en sus familias impulsó sus carreras.

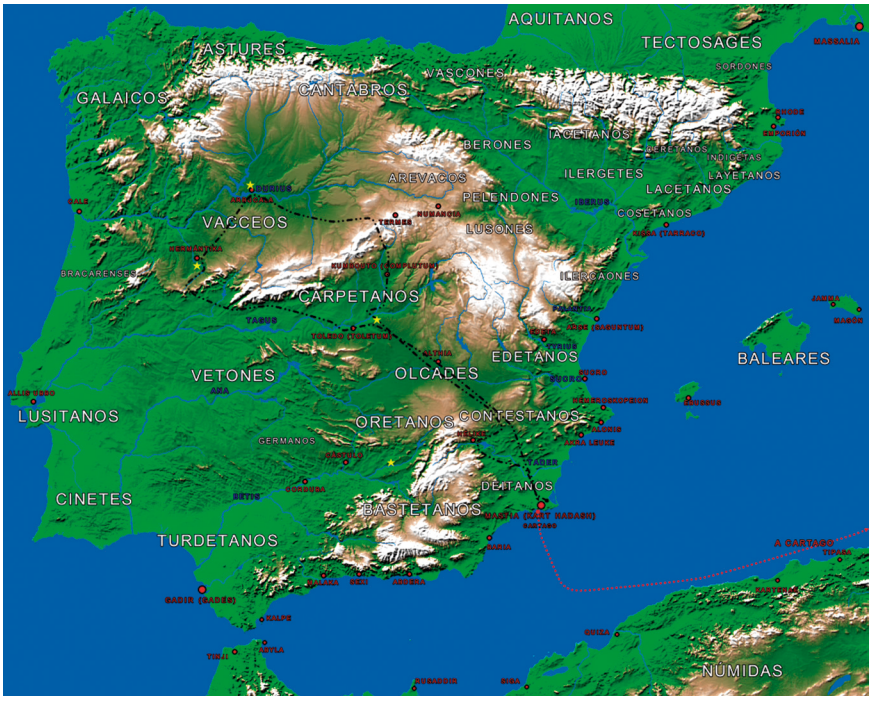
He hecho pertinaces esfuerzos en ser lo más fiel posible con el ambiente de esos remotos tiempos. Utilizo medidas y pesos de la época en mi narración, así como la manera de medir el tiempo, intentando explicarlo sin ser demasiado aburrido, espero haberlo conseguido. Mis personajes se tutean sin tener en cuenta ciertos formalismos más propios de otras épocas y otros lugares. También debo recordar a mis lectores que la moralidad cristiana que conocemos no existía. La esclavitud era aceptada en todo el mundo conocido. La vida tenía otro valor muy distinto al nuestro en el actual «mundo occidental». La guerra era lo normal. Pero no debemos engañarnos, los seres humanos siguen siendo parecidos después de más de dos mil años, me atrevería a decir que el progreso se ha producido mucho más en las formas y apenas en el fondo.

Espero que mis lectores, y en especial mis hijos, puedan disfrutar de estas páginas y, si es posible, aprender algo de estas peripecias reales y ficticias.

No puedo terminar sin agradecer a todos los que me han ayudado en esta ardua y divertida tarea y en especial a mi mujer que ha sufrido por esta causa viajes, esfuerzos y mis frecuentes «ausencias» y a mis hijos por su comprensión y colaboración.

CAPÍTULO I: LA NUEVA CARTAGO

Año 595 F. Cartago/534 F. Roma/1er año de Olimpiada 140



Mino estaba agotado. Eran muchos los días desde su partida para esta peligrosa misión y varios sin un descanso suficiente. Había estado lloviendo intermitentemente en los últimos días, todo estaba empapado y era difícil encontrar un lugar caliente y seco en el bosque mientras corría siguiendo al ejército íbero. Echaba de menos un buen jergón en su tienda del campa-

mento casi tanto como a su madre que había dejado en Gadir, su querida ciudad.

Ahora, mimetizado con el terreno, tumbado boca abajo sobre hierbajos secos y algún pincho traicionero, manchado de polvo y barro. Asomándose, apenas, desde los treinta o más codos de altura del árido y rocoso escarpado de la ribera oeste del río. Desde allí dominaba el curso del agua y la explanada suave del otro lado. En absoluto silencio, casi sin respirar, observaba al gentío incontable que inundaba progresivamente las tierras de la otra ribera.

Se le erizaban el vello y los sentidos pues, en cualquier momento, podía ser descubierto. Eso le podría costar ser cazado e interrogado, probablemente torturado y quizá la vida. El riesgo extremo le atenazaba y, al mismo tiempo, paradójicamente, le vitalizaba.

Se obligó a esperar, concentrado en observarlo todo, hasta tener la certeza de haber entendido la composición del ejército íbero que desfilaba ante sus ojos. Calculó que serían alrededor de cien mil guerreros. Distinguibles por sus vestimentas y armas: vacceos, vetones, arévacos y carpetanos. Estos últimos componían la mayoría, quizá dos tercios del total.

Con el mayor de los sigilos se arrastró hacia atrás, alejándose de la quebrada, hasta el bosque. Allí le esperaban su caballo tordo y una incansable mula en la que cargaba algunas mercancías para su coartada como comerciante. Caminando cuidadosamente tirando de las bridas, por senderos inventados, sorteando la maraña vegetal con la mayor de las urgencias, fue alejándose del ejército íbero al menos una milla. Entonces montó, giró al sur por un sendero amplio, comenzando su viaje acelerado en paralelo al curso del río. Esperaban su informe y sabía que era crucial que llegase pronto, por supuesto, antes que la vanguardia del enemigo.

Llegó la noche, poco a poco, inundando el bosque con sus sombras, pero la luz de la luna era suficiente para que un buen explorador pudiera guiarse por senderos y vericuetos. Mino *el turdetano*, lo era, uno excelente, su oficial le encomendaba siempre alguna de las misiones más difíciles, cumpliendo hasta la fecha de modo destacado; llevaba dos campañas sirviendo en el ejército de Cartago.

Cuando creyó haber adelantado suficientemente a la vanguardia del enemigo, hizo un alto para descansar pues a oscuras avanzaba muy poco y con demasiado esfuerzo.

Con la primera luz del día, regresó hasta el curso del río con intención de vadearlo por el primer sitio practicable que pudiera encontrar, pero no fue necesario. Al llegar al vado, pudo ver señales evidentes de que un ejército había

usado ese paso, pero en sentido contrario, probablemente la noche anterior. No podían haber sido otros que sus compañeros, no tenía más que seguir su rastro hasta alcanzarles.

Pero no dejaba de sorprenderle que, en lugar de seguir su retirada natural hacia el sur, hubiera girado hacia el suroeste pasando el río; a este lado el terreno era más abrupto y dificultoso.

A mediodía un río mayor le cerró el paso, sabía que se trataba del Tagus. Siguió por la ribera durante unas pocas millas y finalmente alcanzó un vado. El ejército de Cartago estaba al otro lado. Se veían guerreros a caballo y, al fondo, en un gran claro, el grueso de las tropas. Había alcanzado su objetivo.

En su serpenteante recorrido de este a oeste, el río Tagus dividía las tierras ibéricas en dos grandes mitades, en las que se iban alternando grandes llanuras con cordilleras. Tanto unas como otras, cubiertas de bosque que en los montes era tupido e intransitable y que progresivamente iba suavizándose según descendía hacia el llano. En las alturas reinaban robles, tejos, nogales, pinos y castaños; en la meseta abundaban encinas, acacias y olivos, más resistentes al calor abrasador de los veranos ibéricos. Senderos y caminos lo entrecruzaban con multitud de itinerarios distintos. En las proximidades de sus ciudades y aldeas, se abrían grandes claros producidos por la mano del hombre, en sus múltiples y continuas guerras o para dedicarlas a cultivos o pastos de ganado. Su población, sorpresivamente, resultaba más numerosa de lo que se podía suponer por sus paisajes solitarios.

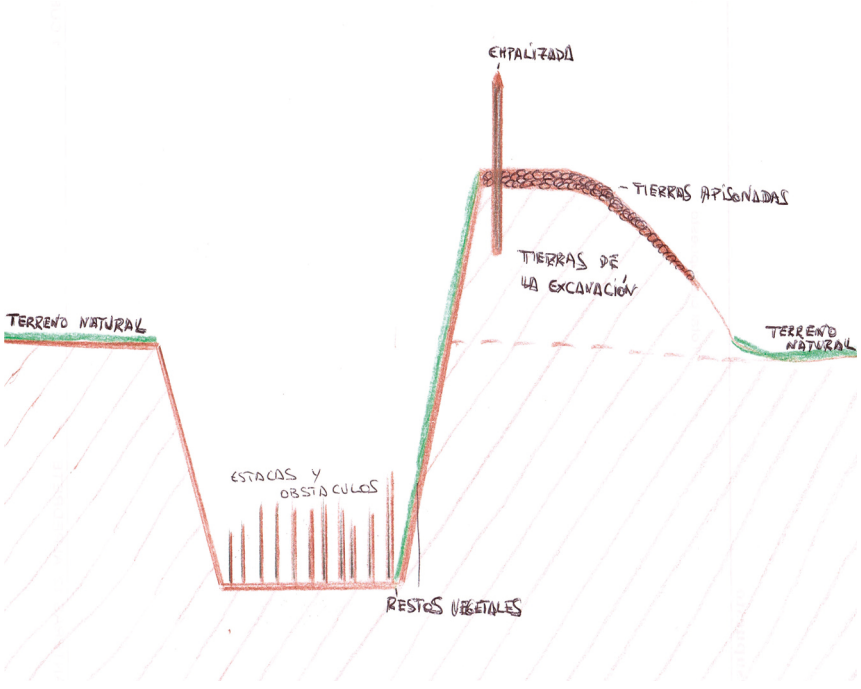
El río atravesaba un amplio claro que desplazaba al bosque hacia el sur unos dos mil pasos y hacia el norte menos de la mitad. Casi todo eran parcelas dedicadas al cultivo de cereales, rastrojos, que ya habían sido segados, con algunos árboles solitarios aquí y allá repartidos al azar.

Cerca del lindero del bosque, en la zona más alejada del agua, había un pequeño montículo de cuarenta o cincuenta codos. Poca altura para una colina, pero la suficiente como para, desde su cima, dominar con la vista todo el claro, un buen tramo del río, los linderos del bosque e incluso el terreno sin árboles en la ribera norte. Se distinguía con claridad el ancho vado por el que habían cruzado las tropas llegándoles el agua hasta el pecho de los caballos.

Habían podido cruzar la corriente, pero con dificultad por la irregularidad del fondo de piedras cubiertas de resbaladizo verdín. Ayudándose unos a otros, tanto hombres como bestias, habían superado el obstáculo pagando el tributo de algunos resbalones, chapuzones y un soldado engullido por las aguas que habían podido rescatar medio ahogado pero que, afortunadamente, había sobrevivido.

La tarde comenzaba a declinar. Alrededor de la colina los hombres se afanaban con denuedo en mil tareas distintas, nadie estaba ocioso, era necesario acampar adecuadamente y con seguridad. El terreno era propicio para montar las defensas, urgía, el enemigo no estaba lejos.

La construcción del campamento era algo crucial en campaña y no se descuidaba ni el menor de los detalles; incluso cuando el ejército se trasladaba cada final de jornada, se dedicaban varias horas a su construcción. La seguridad y el reparador descanso de los hombres, no se podía tratar a la ligera.



Primero se elegía un terreno apropiado con condiciones favorables para la defensa, en donde tanto la caballería pesada como los lanceros pudieran maniobrar mejor, sin obstáculos que estorbasen sus movimientos. Para elegir el mejor lugar, el ejército siempre contaba con oficiales de gran experiencia bajo el mando de un jefe de campamento y su auxiliar, un equipo de agrimensores y un grupo de hombres de la caballería ligera que marchaban siempre en vanguardia por detrás de los exploradores. Se preocupaban de localizar y señalar, con un estandarte especial, dónde acamparían al final de la jornada.

Por supuesto, la elección de dicho lugar era sometida obligatoriamente a la aprobación del general, si no estaba conforme se buscaba otro hasta encontrar

el adecuado. Lo habitual era que la primera elección fuera válida, pues dicho oficial y sus hombres eran auténticos especialistas en la materia.

Esta vez, el jefe Cotar y los oficiales agrimensores habían escogido un buen emplazamiento junto al río, defendiendo el vado. Frecuentemente se acampaba en las riberas, pues de ese modo se disponía de abundante agua y, al tiempo, uno de los lados del campamento quedaba protegido por la corriente. Pero Aníbal no estuvo conforme y ordenó que se montase en el lado más alejado del río, dejando la pequeña colina en el interior del mismo. Les extrañó la decisión, pero no la cuestionaron, no se hubieran atrevido, su confianza en el general era absoluta. Ya eran muchos los años que habían servido bajo su mando y sabían que si elegía esa ubicación era por algún motivo de peso.

Después, marcaban con estacas un cuadrado tan perfecto como el terreno permitiera; por supuesto, el campamento se adaptaba a las condiciones del terreno. Esta vez, la explanada era bastante llana, por lo que la forma era la típica cuadrada. Lógicamente, se hacía más o menos grande dependiendo del tamaño y necesidades de espacio del ejército del que se tratara, sin olvidar que cuanto más pequeño su perímetro más fácil defenderlo pero sin desechar los espacios necesarios para alojarlos a todos. Esta tarea de marcado estaba hecha cuando el grueso del ejército llegaba a la zona de acampada.

A continuación, se construían las defensas. Según iban llegando las diferentes unidades, iban poniéndose a la tarea; cada oficial sabía cuál era su labor. Aproximadamente la mitad de las unidades formaban en posición de batalla, a la defensiva; mientras la otra mitad trabajaba en la construcción. Esta vez, Aníbal mandó a los lanceros libios, la caballería númida, la caballería pesada íbera y los honderos, formar delante de la zona de trabajo, mirando en dirección al vado que acababan de atravesar. Si los enemigos aparecían, no les pillarían desprevenidos, se encontrarían con un río que vadear y un ejército en formación de combate. En el casi imposible caso de que aparecieran por cualquier otro punto del bosque, estarían formados en orden de batalla y alerta.

Las unidades asignadas se pondrían a cavar un foso perimetral con unos siete u ocho codos de profundidad y cinco o seis pasos simples de anchura. Si el terreno era blando y se desmoronaba, las paredes inclinadas de la gran zanja eran reforzadas con palos, piedras o cualquier otra cosa que sirviera al efecto. En el fondo del foso, estacas puntiagudas y obstáculos diversos. La tierra de la excavación se amontonaba siguiendo el perímetro del foso por el lado interior, formando una especie de muralla de tierra apisonada, su parte superior era aplanada hasta formar un pasillo y en su borde exterior se habrían colocado verticalmente estacas transportadas o preparadas con este propósito, atadas

con cuerdas entre sí, formando una empalizada perimetral puntiaguda; detrás de la cual, los guardias del muro podían permanecer con una relativa seguridad ante los proyectiles. De ese modo el enemigo, en un hipotético asalto, tendría que salvar el obstáculo del foso más la altura de la muralla de tierra con su empalizada. En el centro de cada uno de los lados del campamento se colocaba una amplia puerta de dos hojas construidas con fuertes maderos transportados a lomos de bestias o en carros o talados.

Cuando había escasez de bestias, es decir, casi siempre, cada soldado transportaba una estaca o una mínima parte de ese material, de modo que si el ejército sufría pérdidas de hombres en alguna batalla o escaramuza también perdía la parte proporcional de esos materiales pero, al reducirse su número, también se reducía el tamaño del campamento. Se acostumbraba a los hombres de infantería a llevar en las marchas estos materiales como parte de su equipo; así el ejército era, paradójicamente, más ágil en sus desplazamientos y servía como un magnífico entrenamiento que los fortalecía de tal modo que en batalla eran rápidos y resistentes.

Una vez cavado el foso y construida la empalizada, cuando todo el perímetro defensivo estaba asegurado, las unidades vigilantes en formación de batalla se recogían al interior, pero continuaban de guardia. De hecho, en campaña la mitad de los efectivos del ejército siempre estaban de guardia y todo se hacía respetando los turnos necesarios para cumplir con esa necesidad, tanto soldados como oficiales permanecían alerta para asegurar el descanso o las comidas del resto, de día o de noche. El grado de vigilancia solo se relajaba cuando existía la absoluta certeza de que no había enemigos en las cercanías, en invierno o casos de ese tipo, pero siempre con algunas unidades de guardia, que el general decidía cuántas.

Finalmente se procedía a montar el interior del campamento. Se señalizaban las dos avenidas principales que unían las cuatro puertas, cruzándose en el centro. Allí se colocaban la tienda del general y las de los jefes o comandantes de cada una de las grandes unidades; en una plaza central normalmente cuadrada, con una tribuna elevada para las arengas o para convocar a la tropa para cualquier otra ocasión, sacrificios a los dioses, etc. El resto del espacio interior se dividía ordenadamente señalando las calles, paralelas y perpendiculares, y asignando a cada unidad el espacio que le correspondía, siempre respetando un espacio o margen entre las tiendas de la tropa y la empalizada de al menos sesenta o setenta pasos simples para que se pudiera acudir a defender si era necesario y también para evitar que si el enemigo les cercaba, las jabalinas u otros proyectiles llegaran fácilmente hasta las tiendas; también para facilitar los movimientos de tropas entre las distintas zonas de la empalizada.

A cada unidad principal se asignaba una zona, casi siempre la misma, y lo mismo ocurría con las centurias o compañías, subdividiendo el espacio. Cada una de estas unidades se dividía en las unidades básicas (pelotones o decenas) compuestas por diez hombres.

El pelotón se organizaba como una auténtica familia. Disponían de una tienda de solo cinco o seis plazas para dormir, puesto que normalmente la mitad de sus componentes estarían de guardia o en diversas tareas. También compartían un barril de agua, los utensilios para comer o cocinar, las bestias de carga, si las había, y poco más.

Cada compañía, de aproximadamente un centenar de hombres, disponía de diez tiendas para un suboficial y su ayudante más ocho soldados rasos cada una. El oficial al mando de la centuria y sus oficiales ayudantes compartían otra tienda. Todos sabían más o menos cómo y dónde localizar a cualquiera, al igual que los materiales, carros, máquinas de asedio y animales que tenían sus corrales y el espacio libre del perímetro.

El ejército cartaginés estaba compuesto por unidades con diferentes armamentos y procedentes de varias naciones, por lo que la disciplina, el orden y un buen equipo de intérpretes eran más necesarios que en otros ejércitos, eran imprescindibles. Los oficiales superiores y buena parte de la tropa hablaban varios idiomas, fundamentalmente el púnico, el íbero del sur e incluso muchos chapurreaban el griego y algunos el latín. El general Amílcar Barca les había enseñado, disciplinado y cohesionado. Ahora daba su fruto.

Más de quince mil hombres trabajaban como hormigas ordenadas y diligentes mientras el resto del ejército vigilaba, todos ellos bajo la atenta mirada de dos jinetes que estaban en la cima de la pequeña colina.

En esta campaña, disponían de ocho mil cuatrocientos lanceros libios y nueve mil setecientos infantes íberos que componían el grueso del ejército, la infantería pesada. Mil ochocientos infantes ligeros íberos, tres mil seiscientos de caballería pesada íbera y casi cuatro mil de caballería ligera númida. A esto había que añadir trescientos honderos baleares, cuatrocientos expertos arqueros y treinta y tres elefantes. En total, algo más de veintiocho mil combatientes que con algunas otras tropas auxiliares sobrepasaban los treinta mil hombres.

Los dos jinetes charlaban animadamente. Ambos jóvenes y morenos se parecían, de hecho, eran hermanos, hijos del gran Amílcar Barca. Por su equipo apenas se distinguían del resto de los soldados, vestían de modo parecido a los demás oficiales de caballería, una túnica corta de lana fina ribeteada de rojo, unos botines ligeros de cuero, el casco y las armas completaban el conjunto. En su caso llevaban armadura sencilla de cuero y solo la espada en su vaina al

cinto, ahora no llevaban casco. Sí les distinguían de los demás los caballos de batalla que montaban, de porte orgulloso, magníficos, uno tordo y el otro castaño oscuro con una pata delantera manchada de blanco. Eran monturas dignas de un rey y, desde luego, sobradamente conocidos del ejército; en cuyo seno se habían criado y en sus rigores se habían curtido. ¿En qué labor no habían sufrido y batallado?

Un jinete, al galope, cruzó por la calle principal que daba al norte y remontó en un instante la pequeña colina, envolviéndolos en una nube de polvo.

—¡A vuestras ordenes, mis señores! —saludó.

—¿Qué nos traes, Balkar? —le preguntó el jinete del caballo castaño.

—¡General Aníbal! Han llegado varios exploradores y el informe es claro. Tal y como sospechábamos, a los carpetanos se han unido tres grupos de guerreros: vacceos, vetones y celtas arévacos. Mis exploradores coinciden en afirmar que el ejército resultante de esta unión supera los cien mil hombres. Nos siguen a marchas forzadas a menos de una jornada de distancia y según parece vadearon el otro río siguiendo nuestros pasos, calculo que llegarán a nuestra posición mañana antes de mediodía.

—Vuelve a enviar a tus hombres, no quiero sorpresas esta noche y mañana necesitaré estar bien informado, saber exactamente dónde están en cada momento. Es importante.

—¡Lo que mandes, General! ¿Alguna cosa más? —Aníbal hizo un gesto negativo con su cabeza como contestación—. Entonces marcho a obedecer tus órdenes —prosiguió.

—Sí, una cosa más, vuelve a reunirte con nosotros en la tienda de mando después de la cena.

—Allí estaré, mis señores.

En cuanto estuvieron solos, Aníbal se dirigió a su hermano:

—Asdrúbal, convoca a todos los jefes del ejército en la tienda de mando esta noche. ¡Vamos a preparar la batalla de mañana!

—¿Será mañana? —preguntó el hermano menor con tono de preocupación.

—Sí, eso creo, mañana o pasado, ¿te asusta la batalla?

—¡Aníbal, nos triplican cuando menos! ¿Cómo no voy a estar preocupado?

—¡Ya! ¿Quieres vivir eternamente? —le contestó con una frase que utilizaban entre ellos con frecuencia con la idea de quitar hierro al asunto, usando un lenguaje que pretendía ser despreocupado—. ¿Prefieres que nos ataquen mientras nos retiramos hacia el sur? —no esperó la respuesta y continuó—. Mañana pereceremos todos o lograremos someter a casi toda Iberia. Sobre todo, nos interesa derrotar a los carpetanos, son el pueblo más numeroso y fuerte, si los

vencemos toda Iberia empezará a temernos e incluso a obedecernos. ¡Mañana les venceremos, mañana será un gran día!

—No debimos liberar a los prisioneros vacceos y vetones después de saquear sus tierras —dijo el menor de los dos hermanos.

—¡Asdrúbal! No veo otra manera mejor de hacerlo para poner a todos estos pueblos de nuestro lado. Primero vencerlos, con dureza, dejando clara nuestra autoridad y luego perdonarles la vida, a ellos y a sus familias, para ganarlos a nuestra causa en paz, así podremos dedicarnos a otros objetivos. Tanto nuestro padre como Asdrúbal, nuestro cuñado, lo tenían claro y, si vivieran, seguro que aprobarían mi política.

—No sé, no lo tengo yo tan claro, los rehenes que hemos cogido en Hermándica, Arbucala y otras ciudades me parecen insuficientes.

—Piensa, resultó bien el verano pasado con los olcades. Ahora no solo nos pagan tributo, sino que incluso parte de sus hombres están ahí abajo luchando con nosotros codo con codo. Cuando tomamos Althia, su ciudad principal, liberamos a todos, se propagó por todos sus territorios la noticia y han acudido a esta campaña ellos y sus vecinos. Primero nuestro padre se ganó, al menos, a los turdetanos, cinetes y parte de los lusitanos. Esa fue la parte más difícil por ser el principio, de hecho, le costó a nuestro padre la vida. Después Asdrúbal, nuestro cuñado, se ganó a bastetanos, deitanos, contestanos y oretanos, también le costó la vida. Nosotros nos ganaremos a carpetanos, edetanos, olcades, arevacos, luzones y vacceos. ¿Quién sabe? Quizá astures, cántabros y el resto de las naciones de Iberia hasta el río Íbero o incluso hasta los Pirineos y la Galia.

—¿Nos costará la vida a nosotros? —Asdrúbal estaba realmente preocupado, pero no ya por sus vidas, sino por la suerte que correrían próximamente en la batalla inminente tanto ellos como todos sus hombres.

—Seguro que no, mañana alcanzaremos una gran victoria, ya lo verás —Aníbal se mostraba más animoso de lo que se sentía, había que estimular a todos sus hombres, incluso a su hermano.

—¿Por qué aquí y no en otro lugar, antes o después? Ayer parecía que huíamos, hoy nos paramos y acampamos, ¿por qué?

—Desde que supimos que se habían agrupado y que nos seguían fue evidente que tendríamos que dar la batalla.

Asdrúbal volvió a insistir:

—¿Por qué?

Aníbal continuó:

—No podíamos permitirnos el lujo de seguir escapando de ellos por velocidad, nos seguirían hasta las murallas de Cartago de Iberia. Allí, no cabe duda,

les derrotaríamos, pero nuestro prestigio y autoridad moral quedarían dañados ante toda Iberia, ante todo el mundo, sobre todo ante nuestros hombres y nuestros aliados. Por lo tanto, teníamos que dar la batalla cuanto antes. Conozco bastante bien estos parajes por mis correrías de hace años como explorador, conozco este río y los lugares donde poder cruzarlo. Más arriba su curso es demasiado estrecho y fácil de vadear. Teníamos que guiar a los íberos hasta un lugar propicio. Este es un buen lugar, mejor que otros, aquí venceremos.

—Ojalá tengas razón, Aníbal, pero mañana serán tres a uno y son valientes guerreros.

—Precisamente por eso todos sabrán apreciar más nuestra victoria. Espero, en los próximos años, contar con esos que tú dices valientes guerreros en nuestro ejército —prosiguió con gesto cansado—. Ahora entiendo la desesperación que trasmitía nuestro padre en algunas ocasiones, sin querer; la pesada responsabilidad de tener que salvar muchas cosas diversas al mismo tiempo y ver cómo los plazos se acaban. Siempre con la espada de Damocles sobre su cabeza.

—La espada de Damocles… he oído esa expresión alguna otra vez, ¿qué significa exactamente? ¿Quién fue ese tal Damocles?

—Es una historia o más bien leyenda. Nuestro padre una vez me la contó, debió conocerla en la guerra de Sicilia, cuando nosotros éramos unos críos o incluso antes. Parece ser que ese Damocles fue un funcionario en la corte de Dionisio II de Siracusa, quizá un consejero o ministro del tirano. Según me dijo, era adulador, envidioso del poder y riqueza de Dionisio, manipulador y siempre se quejaba de su suerte. Dionisio *el Tirano*, harto de él, un día quiso escarmentarle y le propuso intercambiar sus puestos. Damocles pasaría a ser el rey y Dionisio sería su consejero. Acordaron hacerlo así y convocaron a la corte para anunciarlo en una fiesta en palacio.

»En el gran banquete que se había preparado, Damocles fue invitado a sentarse en el asiento principal y comenzó la fiesta. Inmediatamente observó con gran preocupación que alguien había suspendido justo encima del asiento del rey, en el que estaba, una afilada espada con la punta hacia abajo y solo pendiente de un pelo de crin de caballo. Como puedes imaginarte no podía ni pasar bocado, pasó toda la cena angustiado por la espada, no pudo disfrutar de los manjares ni de las bellas bailarinas, ni de nada. Al poco rato, no aguantando más la presión, solicitó al rey abandonar su puesto. Fue entonces cuando Dionisio le hizo ver que su posición de rey no era tan afortunada como él creía, pues todo buen gobernante o general de un ejército está constantemente sometido a una presión y una responsabilidad que muchas veces es peligrosa y siempre

agobiante. A partir de entonces Damocles vio su posición y la de su rey de un modo diferente.

—¡Qué historia más curiosa! A mí nunca me la contó —dijo pensativo Asdrúbal.

—Bueno, ya sabes que nuestro padre y yo hacíamos viajes a caballo con frecuencia o en barco y en esas ocasiones me enseñaba cosas curiosas y útiles. Se esforzaba para enseñarme y nuestras excursiones eran verdaderas lecciones sobre mil cosas —Aníbal se interrumpió brevemente, continuando—: Ahora vamos a preocuparnos de las cien mil espadas que tenemos sobre nuestras cabezas, ¿te parece?

El campamento avanzaba en su construcción según bajaba el sol hacia el horizonte, un sol caluroso a pesar de la hora. Los sonidos que el viento ligero y templado traía del bosque cercano, se entremezclaban con los golpes y el afán de los hombres en su trabajo. Pero todo se hacía con un relativo silencio, como si, incluso el viento y los animales, supieran la gran matanza que se preparaba y, temerosos, contribuían a esa quietud que a veces se percibe al final del día. Un tributo mágico que se paga a la noche que se aproxima.

Cuando terminaron de recorrer el perímetro de las defensas y resolver algunos asuntos propios del mando, se encaminaron a la tienda del general, cerca de la pequeña colina. Una pequeña guardia personal de hombres elegidos vigilaba que nadie se acercara a una distancia indiscreta o insegura.

Unas mantas dividían la gran tienda de mando en dos salas, más o menos de igual tamaño, de unos ocho por ocho pasos simples. En la primera sala esperaban normalmente aquellos que tuvieran que ver a Aníbal por algún asunto o que habían sido convocados. Apartando con el brazo una de las mantas se podía pasar de la primera a la segunda, en la que había una mesa pequeña y algunas sillas plegables, fáciles de transportar. En una esquina, un pequeño camastro que Aníbal solía usar para descansar, aunque disponía al lado de una cómoda tienda. Unos bultos acopiados con algunas cosas necesarias para el mando, sus armas y poco más.

En la antesala, ya estaban todos sus lugartenientes esperando, repartidos sin ningún orden, eran hombres de confianza y, manifestaban un respeto informal. Balkar, jefe de exploradores, turdetano de origen y compañero de fatigas de Aníbal desde sus comienzos en el ejército. Adherbal, oficial cartaginés, listo como el hambre y prudente, que estaba al mando de la caballería pesada íbera, compuesta fundamentalmente por guerreros oretanos, turdetanos, lusitanos y cinetes. Los oficiales Atieno, oretano, y Urcebas, balear, al mando respectivamente de arqueros y honderos, ambos habían participado en la campaña

del año anterior, probando sobradamente su fidelidad. De la nación de los turdetanos era Mutines, que mandaba la infantería pesada íbera. La caballería ligera númida a las órdenes de Maharbaal, valiente e inquieto cartaginés, y por su sombra que no era otro que Magón, primo de Aníbal y Asdrúbal, algo mayor que ellos, a los que se parecía, pero con el pelo rizado y rebelde. Aníbal Nicómaco, al que llamaban así para distinguirlo del general en jefe, mandaba un pequeño y muy especializado cuerpo de infantería ligera que, normalmente, combatía al lado de la caballería númida. Se mezclaban con ella y montaban, frecuentemente, a la grupa de los caballos, haciendo equipo con los jinetes. El noble Milcón, consejero de Cartago, estaba al mando del cuerpo de hoplitas libios. Carthalo era el jefe del cuerpo de elefantes, también cartaginés. Y Cotar, quien gobernaba el campamento, oriundo de las tierras del desierto al sur de Cartago de África.

Aníbal pidió que acercasen algunas antorchas y lámparas de aceite. Cogió una jabalina de un rincón.

—Acercaos al centro de la sala, donde tendremos mejor luz —dijo en el lenguaje propio de los íberos del sur que hablaban todos los presentes, y continuó—. Esto es el río, con el vado que todos conocemos —con la punta de la lanza marcó una línea en el suelo—, esto es el claro donde estamos y esto es nuestro campamento —explicaba al tiempo que dibujaba un sencillo mapa en la tierra—. Esto es el bosque que nos rodea. Si alguien no entiende algo, será vital que me lo haga saber, pues mañana presentaremos batalla. La batalla más importante de esta campaña y nos jugamos mucho, entre otras cosas la vida —dijo con una burlona sonrisa. Todos habían hecho un corro alrededor del burdo dibujo del campo de batalla—. Según los informes de Balkar, nos duplican en número —miró fijamente a este, indicándole con la mirada que guardara silencio. No podría engañarles en cuanto a su inferioridad numérica pues sería evidente, pero sí quería maquillarla. Ya era suficiente dos a uno, lo que él les contaba lo sabría la tropa en unas horas y no quería alarmarles demasiado—. Lógicamente ellos saben de su superioridad. Calculamos que nos alcanzarán poco antes del mediodía de mañana. Estaremos esperándolos en formación de batalla. Cuando aparezcan, nos verán delante de nuestro campamento, a unos cientos de pasos del río. Dicho vado es amplio y el agua les llegará por encima de la cintura. Queremos dar la impresión de que les esperamos, apoyando nuestra defensa en las fortificaciones de nuestro campamento. Será como una invitación, retándoles a que pasen el río y a resistir su ataque. Dejaremos un amplio espacio entre nosotros y el vado —formando un círculo alrededor de los trazos en el suelo, nadie perdía la atención, ninguno preguntó nada y se percibía una

atmósfera expectante aguardando a que continuase el narrador del drama—. El bosque, por nuestra derecha, está a unos trescientos o cuatrocientos pasos simples del vado, bastante más próximo que por la izquierda. Esa será una de las claves de la batalla.

»Nuestra formación será la siguiente: con el foso de nuestro campamento a la espalda, se situará la infantería de lanceros libios en fila de ocho en fondo, a tu mando, Mircón —miró un instante al aludido—. Por delante de estos se situará la infantería pesada íbera de Mutines, también con ocho en fondo. Delante de estos los elefantes de Carthalo, en una fila, en el centro, frente al vado. Por delante de estos los arqueros de Atieno. Y por delante los honderos de Urcebas.

»Todas estas fuerzas y con ese orden serán nuestro centro de ejército, que ofrecerá un frente de seis estadios de ancho, aproximadamente. El ala derecha lo mandará Magón con un grupo de quinientos jinetes númidas, situados de tal modo que aparenten ser muchos más, moviéndose continuamente y alargando las filas. Un cuerpo de auxiliares se situará por detrás de estos númidas para aparentar que se trata de infantería ligera, pero no tendrán previsto participar en la lucha; Cotar se encargará de suministrar auxiliares para eso. En el ala izquierda estará Adherbal con toda la caballería íbera. El resto de las tropas auxiliares se situarán en la empalizada para dar la impresión de que vamos a combatir a la defensiva y que nos aprestamos a defender nuestro campamento, también Cotar se cuidará de que sea así —Aníbal se paró un instante, todos los ojos estaban fijos en él. Recorrió el círculo con su mirada dando énfasis a lo que vendría a continuación—. Supongo que habéis notado que no he hablado de todos nuestros efectivos. La mayor parte de nuestra caballería númida se esconderá antes del amanecer en el bosque, a nuestra derecha. ¡Aquí, Maharbaal! —señaló un punto en el dibujo, a sus pies—. Con ella la infantería ligera de Nicómaco. Deberán estar ocultos a la vista del enemigo y en el más riguroso silencio. Incluso los caballos deberán permanecer silenciosos, alejándolos algo del lindero del bosque. Deberás buscar el mejor lugar para apostarte, apostaros ambos, corresponderá a Maharbaal, suya será, la decisión y el mando —miró a Maharbaal y alternativamente a Nicómaco para asegurarse de que quedaba claro—. ¿Veis la trampa? —nadie respondió, tampoco Aníbal lo esperaba. Se podrían haber oído hasta los pasos de una ardilla. Aníbal los miró en silencio unos pocos segundos, todos eran conscientes de que mañana se jugarían la vida; cada palabra de su general era importante—. Cuando los enemigos se pongan de acuerdo, comenzarán a vadear el río.

—Quizá no lo hagan —interrumpió Mircón.

Aníbal se enderezó al mirar directamente a su interlocutor y cogió la jabalina a modo de báculo, entonces le respondió:

—Si no atraviesan el vado no habrá batalla, al menos de modo inmediato y nuestros preparativos habrán sido inútiles, pero tampoco habremos perdido nada, solo la emboscada que estamos preparando. Sin embargo, ¿crees tú, amigo Mircón, que después de perseguirnos durante días, cuando por fin nos alcanzan y se encuentran con nosotros formados a la defensiva, retándolos a la batalla cerca del campamento, dejándoles espacio, siendo ellos mucho más numerosos, no nos atacarán para aprovechar la ocasión y responder al reto? Yo estoy convencido, apostaría algo bueno a que mañana darán la batalla o al menos pasarán el vado para acampar y prepararse, con la idea de darla al día siguiente o varios días después. En cualquier caso, si pasan el río bien para nuestros planes; si tienes razón y no lo hacen, no habremos perdido nada.

—Eso es cierto Aníbal, nada tenemos que perder si no pasan —contestó Mircón.

—Querido Mircón y demás compañeros —dirigiéndose a todos, al tiempo que recorría el círculo con la mirada—, me importa poco si están decididos a atacarnos o solo lo vadean para tomar posesión y montar su propio campamento a esta orilla, en ambos casos habrán caído en la emboscada, el paso del río es la trampa.

»Cuando entren en el agua, los honderos y los arqueros se adelantarán a la carrera hasta la distancia de alcance y dispararán sus proyectiles, sin descanso, a los que comiencen a salir del río, causándoles gran mortandad y dificultándoles el paso. Pero eso no les detendrá, no les parecerá suficiente oposición y seguirán avanzando. Mientras esto ocurre, Magón, ala derecha, y Adherbal, ala izquierda, se aproximarán a la posición de honderos y arqueros como si quisieran darles protección. Pero eso tampoco les detendrá.

»Cuando los enemigos estén a la mitad del paso del río, con cerca de un tercio de sus fuerzas a este lado, mandaré encender un fuego en la colina del campamento, aquí detrás, donde sea visible desde todos los lados. También lo verán los hombres que Maharbaal tendrá en vigilancia en el lindero del bosque o aupados en árboles. Esa será la señal para que las fuerzas ocultas en el bosque, todos los jinetes númidas y los de infantería ligera, se lancen sobre los que han salido del río. ¡De inmediato, sin ninguna pérdida de tiempo, eso es vital! Honderos y arqueros adelantarán su posición para disparar sobre los que están en medio del agua sin herir a los nuestros en su ataque.

»Los elefantes de Carthalo se lanzarán a la batalla con cuidado de no arrollar a nuestros propios hombres, su efectividad radica en atemorizar al enemigo

más que en causarles verdadero daño, no quiero que se conviertan en un obstáculo para nosotros mismos. Atacarán las dos alas de Magón y Adherbal, cada uno por su lado del vado, sumándose a los hombres de Maharbaal.

»Al mismo tiempo, las infanterías pesadas de Mutines y Mircón, al paso, ¡al paso! —enfatizó—. Y en formación, comenzarán a aproximarse a la batalla. No correrán, salvo que yo mismo o Asdrúbal lo ordenemos. ¡Quiero que lleguen descansados y en orden! Cuando lleguen, espero que la batalla esté indecisa, pero con los enemigos cansados y apelotonados dentro del agua.

»En ese momento, la caballería se apartará y dejará el sitio a la infantería pesada que acabará por expulsar a los enemigos de esta orilla, pero sin seguirles dentro del agua. Mientras estos actúan, nuestras caballerías estarán reponiéndose a ambos lados del vado, cerca, pero sin intervenir. En cuanto los enemigos comiencen a retirarse, nuestros jinetes volverán a lanzarse al ataque apoyando a la infantería pesada. Con su altura sobre los caballos dominarán al enemigo dentro del agua y animarán su retirada que espero se convierta en fuga.

»Los elefantes: a la espera, en grupo, sin prisa, con cuidado de que no se asusten y se espanten sin control.

»Arqueros y honderos, sin descanso, atacando a los que estén en el agua o en la otra ribera. Atieno y Urcebas decidirán donde son más útiles sus proyectiles, pero sin olvidar que su labor principal es crear confusión en los atacantes que intentan pasar el río e impedir que auxilien a los que estén en este lado.

»Cuando no haya duda de que están retirándose o, mejor dicho, huyendo, toda la caballería les perseguirá por el agua hasta la ribera y por el claro que hay al otro lado. Considero que su caballería, que no es muy numerosa, no será un gran obstáculo al avance de nuestros jinetes, pero darán su batalla al otro lado, lo intentarán.

»No les dejaremos ni tiempo ni espacio para rehacerse. Los que huyan arrollarán a sus compañeros o, al menos, impedirán que puedan establecer una sólida defensa.

»Detrás, nuestra infantería pasará el río, con los ligeros delante para que persigan al enemigo por el bosque; siempre en grupos grandes, por centurias como mínimo, sin perder el orden y a la vista de los oficiales. Desde luego, no antes de que yo mismo o Asdrúbal demos la orden explícita. Estaremos en primera línea y no daremos esa orden hasta que nuestras avanzadillas nos informen de que no hay ninguna emboscada preparada.

»No debemos precipitarnos, considerad otra cosa —Aníbal se detuvo para tomar aliento y para asegurarse del grado de atención de sus oficiales y jefes presentes y pudo comprobar que la expectación era máxima—, si el enemigo se

retira a la otra orilla, habremos vencido, con o sin persecución. Pensad en esto que os acabo de decir —repitió—. Prefiero una victoria poco contundente que una derrota por intentar machacar al enemigo.

»La infantería pesada se mantendrá a este lado en formación, solo avanzarán si Asdrúbal o yo mismo damos la orden clara y tajante de que avancen. Daos cuenta de que de igual modo que el vado será una trampa para ellos, también podría serlo para nosotros. Recordad que, si hay alguien que sepa preparar emboscadas, esos son los íberos.

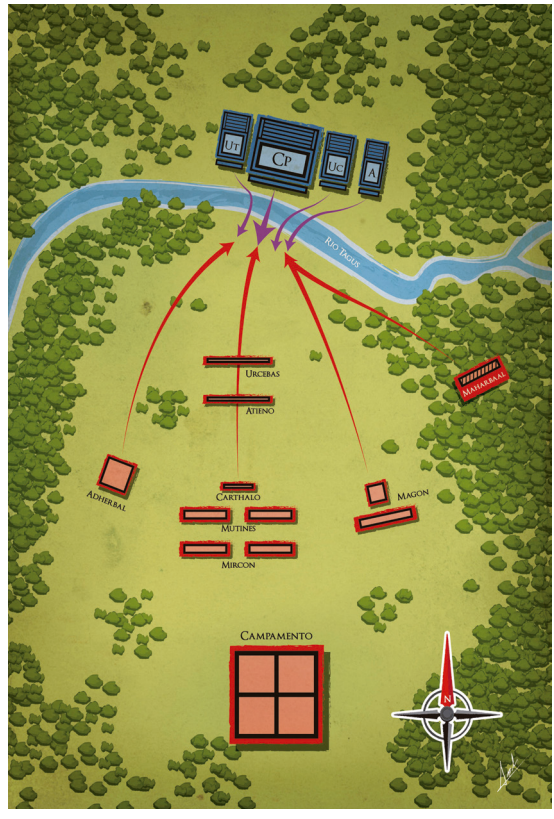
»Es vital que cada cuerpo obedezca a su comandante como también lo es que los comandantes aquí presentes obedezcan fielmente mis órdenes que están recibiendo o las que dé mañana durante la batalla. No quiero héroes alocados, quiero guerreros con disciplina. La disciplina y el orden tendrán su premio, quien desobedezca también tendrá su "recompensa" —todos entendieron este mensaje.

»Os lo repito: si conseguimos hacerles huir, no tendremos prisa por perseguirles. Mañana o pasado mañana estando dispersos, serán igualmente presa fácil.

»Otra cosa, quiero hacer la mayor cantidad posible de prisioneros vivos, ¡he dicho vivos! —enfatizó—. Tened en cuenta que algunos de vosotros y una buena parte de nuestros hombres, un día estuvieron al otro lado del campo de batalla. Esos que mañana pelearán a muerte contra nosotros podrían ser nuestros aliados en la próxima campaña. De hecho, intentaré ganármelos, con mano dura primero para vencerles claramente y con mano de amigo después para atraerles a nuestro lado.

»Si algo se tuerce y no consiguiéramos estos objetivos que os acabo de decir, siempre podemos hacer una retirada ordenada al interior del campamento que está lo suficientemente cerca como para que podamos salvar a todo el ejército. Si mañana algo saliera mal, yo mismo o Asdrúbal daríamos la orden. Si no la recibís es que todo va bien y la victoria está a nuestro alcance. No habrá retirada de nadie sin que exista esa orden… todo saldrá bien, estoy seguro.

»Una cosa más: este consejo de guerra es totalmente secreto, solo vosotros conocéis el plan de batalla. No daréis las órdenes a vuestros hombres hasta el último momento. Los enemigos también tienen exploradores e incluso, posiblemente, espías en el interior de nuestro campamento. Balkar enviará esta noche a todos los exploradores disponibles para que ningún explorador enemigo pueda llegar por el bosque a espiarnos. Y Cotar cerrará el campamento rigurosamente para que ningún explorador enemigo pueda llegar por el bosque a espiarnos y que ningún infiltrado entre nuestros hombres pueda salir durante estas horas previas a la batalla.

»El primer movimiento de tropas será el de los emboscados de Maharbaal una hora antes del amanecer. Saldrán por la puerta posterior y se internarán en el bosque inmediatamente, con el máximo sigilo. A pesar de todas las precauciones, podría haber exploradores ocultos por lo que se quedará en la parte posterior a nuestro campamento hasta que el enemigo inicie su movimiento hacia el vado, entonces un mensajero mío le indicará que se posicione para la batalla. No dirá nada a sus hombres de su cometido hasta el último momento, ni siquiera cuando estén moviéndose por el bosque. Cuando alcance su posición me avisará con un mensajero. Calculo que el enemigo comenzará el paso del río poco antes del mediodía.

La reunión no se prolongó demasiado, apenas el tiempo de contestar algunas preguntas, pocas. Aníbal tenía claros en su mente todos los pormenores. Sus instrucciones, impartidas con autoridad y seguridad en sí mismo, infundieron ánimo y determinación en sus lugartenientes que partieron pronto; algunos a descansar y otros para iniciar los preparativos.